

Herbert MARCUSE, *Marxism, Revolution and Utopia*. Routledge, Oxon/New York, 2014, 446 págs.

Herbert Marcuse fue, tal vez, el miembro de la *Frankfurter Schule* que se tomó de un modo más serio la cuestión de la transformación revolucionaria de la sociedad. A diferencia de Horkheimer o Adorno, dejando a un lado a Benjamin que murió huyendo de los nazis, Marcuse no dejó que las contradicciones del propio proyecto de la Ilustración cerraran la puerta definitivamente a la necesidad de la transformación social.

Si ya en *Reason and Revolution*¹, *One-dimensional Man*² o *An Essay on Liberation*³ Marcuse ya explicó detalladamente el momento en el que se encontraba el capitalismo occidental, ahora definido como *advanced capitalism*, en ese instante ya empezó a dar pistas de cuál era su relación con el marxismo. Salvo *Soviet Marxism*⁴, en pocos lugares desarrolló sustancialmente el modo en el que entendía la vigencia del marxismo como metodología teórica y práctica de la transformación social.

Sin embargo, gracias a la publicación de estos *Collected Papers* se puede entender con más detalle el trasfondo del pensamiento de Marcuse. En concreto, este último *Marxism, Revolution and Utopia* explica con detalle qué relación tuvo Marcuse con el marxismo a lo largo de toda su vida y el modo en el que relacionó los diferentes cambios sociales con su teoría.

Para eso, ya la Introducción de Douglas Kellner es especialmente importante. En ella, se intenta explicar algo que es fundamental: en qué sentido podemos seguir usando a Marcuse hoy. Precisamente debido a ese compromiso inquebrantable con la transformación revolucionaria y subversiva del capitalismo avanzado, Marcuse parece haber envejecido demasiado en relación a nuestra contemporaneidad. La única razón de ello no está en que sus análisis sobre ciertas tendencias sociales no se hayan cumplido. Más bien, se trata de que nuestra época ya no puede tomarse en serio la palabra revolución de tanto que se la ha gastado nombrando fenómenos que, o bien se han parecido más a demostraciones fascistas y totalitarias de fuerza, o a acontecimientos absolutamente banales dentro del mundo de la moda, el consumo y la publicidad.

¹ Cf. Herbert MARCUSE, *Reason and Revolution*, Boston: Beacon Press, 1960.

² Cf. Herbert MARCUSE, *One-dimensional Man. Studies in the Ideology of Advanced Capitalism*, London: Routledge & Kegan Paul, 1964.

³ Cf. Herbert MARCUSE, *An Essay on Liberation*, Boston: Beacon Press, 1969.

⁴ Cf. Herbert MARCUSE, *Soviet Marxism*, New York: Columbia University Press, 1961.

La conclusión que se puede extraer ya de la Introducción es que Marcuse ya tematizó algunas de las cuestiones que hoy se plantea el pensamiento emancipatorio, entendiéndose por ello algo diferente o no al marxismo clásico. Conceptos tales como los de “biopolítica” o “trabajo inmaterial” empiezan a tematizarse en estos escritos de Marcuse sobre el marxismo. La novedad es que aquí no se desarrollan en el contexto de una filosofía post-estructuralista que entiende al marxismo como un marco superado y superable, sino que, más bien, Marcuse los enmarca en cierto desarrollo lógico del capitalismo y de sus formas contemporáneas.

Hay otras dos cuestiones que son clave para entender la postura de Marcuse con respecto al marxismo. En primer lugar, la herencia de la que parte y que no dejó de reivindicar a lo largo de toda su vida. Además de su participación en el movimiento de los consejos obreros durante la República de Weimar, mientras todavía vivía en Berlín (págs. 13-18), Marcuse no deja de determinar la influencia que tuvo *Geschichte und Klassenbewusstseins* de Lukács para una cierta parte del movimiento marxista.

Pese a que hoy parece un libro absolutamente olvidado, lo cierto es que, en su contexto, sirvió para expresar la necesidad de revitalizar el marxismo. Justo en ese momento, poco tiempo después de la victoria de los bolcheviques en el Octubre de 1917, el marxismo estaba al comienzo de su fatídica conversión en positivismo, es decir, el momento en el que la parte más científica del materialismo histórico parecía querer eliminar lo que en él todavía quedaba de historia. A través del rescate de la lógica hegeliana del prejuicio de considerarla como filosofía burguesa, Lukács consigue demostrar que para que el marxismo pudiera continuar siendo algo vivo y útil tenía que volver a mirar a Hegel y a la tradición del idealismo alemán, en la cual se asienta la posibilidad, la estructura, la forma del método marxista⁵.

Por otro lado, está la importancia de la publicación de los *Manuskripte aus dem Jahren 1844* de Marx⁶. Dando lugar a lo que, a partir de entonces, se ha llamado “marxismo humanista”, Marcuse no deja de reivindicar durante toda su vida, incluso en numerosas cartas que se publican aquí⁷, la necesidad de no perder de vista

⁵ Esta vuelta a Hegel se repite casi un siglo después en el monumental último libro de Žižek sobre Hegel, en el que es explícita la necesidad de volver a conectar el marxismo con el idealismo alemán. Cf. Slavoj ŽIŽEK, *Less Than Nothing. Hegel and the Shadow of Dialectical Materialism*, London/New York: Verso, 2012.

⁶ Karl MARX y Friedrich ENGELS, *Karl Marx und Friedrich Engels Gesamtausgabe (MEGA)*, Band 2, Berlin: Dietz Verlag, 1982, págs. 323-444.

⁷ Sobre esta cuestión es especialmente importante la correspondencia con Raya Dunayevskaya, págs. 301-313.

un hecho esencial: que la crítica de la economía política del Marx maduro no hubiera sido posible sin la formulación de la crítica al trabajo asalariado y de la alienación que están en esos textos. Esta tradición es tan esencial que le permite, entre otras muchas cosas, establecer una crítica al marxismo soviético no desde posiciones liberales sino, precisamente, desde el interior del proyecto marxista. Pese a numerosos intentos de establecer en el inconsciente colectivo el hecho de que la lucha URSS-USA fue una lucha entre el comunismo y el capitalismo, lo cierto es que críticas como las de Marcuse, ya en los años 50 del pasado siglo, demuestran que dicha confrontación se parecía más a una disputa de familia que a una lucha entre modelos sociales absolutamente diferenciados. Sin la herencia y la reivindicación de los *Manuskripte* Marcuse no habría podido tomar una posición desde la cual el marxismo aparece como un proyecto social que todavía no había comenzado a ser realizado.

A partir de esta herencia, Marcuse desarrolla toda una serie de tendencias dentro del marxismo que, además de situarle en una posición privilegiada dentro de él, le sirve para poder entender diferentes tendencias del capitalismo contemporáneo. Por eso, estos textos son tan importantes, porque muestran la trastienda marxista de las grandes obras de Marcuse, es decir, el modo en el que fue elaborando las categorías y sus transformaciones, las cuales todavía están siendo desarrolladas mucho tiempo después.

Uno de los elementos en los que más incide es en la transformación del sujeto revolucionario. Ya en los años 50, y no sólo en relación a los análisis de la sociedad soviética, Marcuse tiene claro que la clase obrera ha sido recuperada, es decir, que ha perdido su capacidad de convertirse en fuerza histórica de superación del capitalismo. Siguiendo la estela de Lukács, no niega el dato sociológico, empírico de la clase obrera; lo que niega es su capacidad de volver a ser revolucionaria.

En un contexto tan polarizado como los años 50-60, marcados por la amenaza nuclear y la propaganda, afirmar, dentro de un esquema marxista, que la clase obrera ya no podía ser el sujeto revolucionario, ni en el supuestamente revolucionario Este comunista, ni en el hipotéticamente liberal Occidente capitalista, establecer la necesidad de superación de la clase obrera supone un momento realmente importante del desarrollo del marxismo. Por eso, en gran cantidad de estos textos no deja de afirmar la necesidad de empezar a tomarse en serio a otro tipo de subjetividades, tales como la lucha de los negros a través del *black power*, las luchas

contra la colonización en países de Latinoamérica o, principalmente, la lucha de los estudiantes⁸.

En este contexto, afirmar la influencia de Marcuse en el movimiento estudiantil ha llegado a tener un carácter de desprestigio de su filiación marxista. Sin embargo, entendiendo el momento en el que lo afirma no se puede más que pensar que supo ver una nueva coyuntura histórica que necesitaba una reconfiguración de las categorías de Marx. No hay que olvidar, y es algo que repite incesantemente a lo largo de la mayoría de los textos que aquí tratan sobre el tema, que el nuevo papel hegemónico de los estudiantes no se debe a una especie de artificialidad revolucionaria juvenil. Más bien, es la nueva configuración del modo de producción capitalista la que produce la radicalización de los estudiantes. El aumento de las condiciones de vida después de la aplicación del *Welfare State* después de la II Guerra Mundial y la facilidad para el acceso a una formación superior son sólo algunos elementos que inciden en la aparición del momento estudiantil.

A la vez, Marcuse es capaz de relacionar esta nueva hegemonía revolucionaria con la crisis del movimiento obrero. Si ya el trabajador está más preocupado de planear sus vacaciones, si cada vez más el trabajador vive como su jefe, en ese caso queda un espacio muy grande para la subversión. Siguiendo esa consigna de Marx de que una época sólo se plantea los problemas que puede solucionar, el movimiento estudiantil no deja de ser la conciencia práctica de una situación histórica en la que ya la lucha no es por la mejora de las condiciones de trabajo. Ahora se produce, más bien, un salto cualitativo a la hora de pensar en una sociedad emancipada.

Y ahí parece cerrarse el círculo que abre Marcuse, ya que esta crítica estudiantil parece revivir la crítica a la alienación del Marx de los *Manuskripte*. La vida liberada ya no se concibe en los términos de una crítica de la economía política que parecía apostar todo a nuevas relaciones jurídicas de propiedad de los medios de producción. Ahora, el movimiento estudiantil sabe que el problema no es el reparto del trabajo, sino el trabajo mismo; el problema ya no es la miseria y la explotación, sino el aburrimiento, la anomia, la expresión de aquello que ocurre cuando la supervivencia material parece garantizada pero todavía queda mucho por hacer⁹.

⁸ Cfr. los textos recogidos en el volumen: *Revolutionary Subject and Self-Government* (págs. 196-199) o *Re-examination of the Concept of Revolution* (págs. 199-206).

⁹ Esta crítica ya ha sido ensayada en el famoso libro de Chiapello y Boltanski (Cf. Eve CHIAPELLO Y Luc BOLTANSKI, *Le nouvel esprit du capitalisme*, Paris: Gallimard, 2007).

Marcuse es de los pocos marxistas que entienden que el movimiento estudiantil está planteando algo muy relacionado con el proyecto marxista. Y esta es otra novedad suya. No hay que olvidar que, desde la perspectiva hegemónica del marxismo soviético, la formulación de la sociedad liberada en los términos de la crítica de la economía política parecía ser más que suficiente. Para gran parte del marxismo oficial, el movimiento estudiantil no dejaba de ser un tipo de movimiento pequeño-burgués, reaccionario en último término, que buscaba revisar el marxismo para destruir los avances del verdadero socialismo soviético. Sin embargo, Marcuse expone con todo detalle en qué sentido un marxista no puede dejar de prestar atención a las reivindicaciones del movimiento estudiantil.

Tanto la nueva crítica en términos del capitalismo avanzado como la identificación del movimiento estudiantil como nuevo sujeto revolucionario los sitúa Marcuse dentro de la reivindicación del socialismo. Otra vez, aquí Marcuse tiene el mérito de luchar en todo momento contra la apropiación burocrática que en ese momento estaba llevando a cabo el marxismo soviético de los contenidos del pensamiento de Marx.

Estos contenidos son, claramente, aquellos que la propia *Frankfurter Schule* estuvo reivindicando en todo momento, es decir, los aspectos más progresistas de la *Aufklärung* alemana. Con esto, Marcuse no hace más que entender que esos mismos contenidos tuvieron un componente revolucionario que sigue vivo frente al auge del neoliberalismo y de la lógica neocolonial que llevó a Estados Unidos a participar en la eliminación de gobiernos como los de Allende en Chile. Cuando aquí Marcuse reivindica el socialismo no está evocando los elementos más anarquistas de Marx, es decir, la sociedad sin Estado que sería el correlato de la sociedad sin clases. Defiende una sociedad liberada del trabajo asalariado porque, precisamente, esos componentes ilustrados podían llevar a que una sociedad debidamente automatizada pudiera eliminar gran parte del trabajo asalariado.

En este sentido, se conecta la introducción de Douglas Kellner con los propios contenidos de Marcuse. ¿Es la socialdemocracia, o cierta parte de ella, un camino abierto para la realización de ciertos contenidos de la utopía marxista? En muchos momentos de los textos aquí presentados de Marcuse parece dejarse entrever que son las mismas tendencias del capitalismo avanzado las que posibilitan la consecución de algunos de los elementos más importantes del marxismo. Esta tesis es vieja dentro de los frankfurtianos. Sin embargo, pocos como Marcuse se la tomaron tan

en serio. Pero aquí se encuentra un análisis del capitalismo norteamericano de los años 50-70 en los que esa realización de la utopía parece posible.

Sin embargo, surge aquí un problema en relación con esta idea: ¿tiene razón entonces esa tesis neohegeliana por la cual las sociedades “abiertas” de occidente sólo pueden elegir entre dos formas de organización que, en lo esencial, son iguales entre sí y por las que quedaría garantizado el modelo liberal de sociedad? La tesis de Marcuse parece ser aquella que ya expuso Marx y que no puede dejar de recordar a la base de la filosofía de la historia hegeliana: el capitalismo es una etapa de la historia que es necesaria para producir los adelantos técnicos, sociales e históricos que posibiliten la creación del comunismo. De este modo, toda la tasa de explotación del capital quedaría más o menos justificada desde el punto de vista del progreso, es decir, de la necesidad de una sociedad liberada.

El verdadero mérito de Marcuse es tomarse en serio la tesis frankfurtiana de que la sociedad emancipada no es más que la realización de los ideales ilustrados. Sin embargo, de alguna forma, la utopía marxista queda aquí dentro de un proyecto que ha producido el modo de producción capitalista. De alguna forma, y esto es una trampa en la que han caído muchos marxistas, el socialismo sólo puede existir una vez el capital haya triunfado, de tal forma que, en perspectiva, un verdadero marxista no tiene que dejar en ningún momento de reconocer el aspecto revolucionario de las fuerzas naturales y productivas del capitalismo. El marxista, el materialista histórico, debe llegar a convertirse en el principal apologeta del capitalismo avanzado.

Sin embargo, a la vez que Marcuse parece caer en esta trampa, empieza a explorar elementos que implican una crisis dentro del marxismo. El reconocimiento de la desaparición del componente revolucionario de la clase obrera o la aparición de las luchas por el reconocimiento suponen la necesidad de una reformulación del marxismo en sus categorías principales, como son, p.e., las de “sujeto revolucionario” o “conciencia de clase”.

Por esta razón, uno de los elementos más interesantes de estos textos de Marcuse sobre el marxismo es, justamente, esa tensión entre el intento de conservar el materialismo histórico como una metodología de análisis social que todavía siga siendo útil para la construcción de una sociedad libre de la explotación, y la necesidad de revisar constantemente esa misma metodología al reconocer que las transformaciones sociales capitalistas superan con mucho la capacidad del marxista para adaptarse a esos mismos cambios. De alguna forma, la dialéctica que está presente

en todo momento es la de un pensamiento emancipatorio que todavía intenta salvar el marxismo, y un sistema capitalista que no deja de incrementar su capacidad para revolucionar la sociedad.

Desde este punto de vista, no sería exagerado decir que Marcuse es uno de los últimos, por no decir el último, de los teóricos marxistas que, teniendo en cuenta todas las contradicciones internas al materialismo histórico, empezó a ver que éste empezaba a quedarse obsoleto. Marcuse parece representar el último intento del marxismo por mostrarse verdaderamente subversivo, por conservar esa capacidad de poner las categorías burguesas boca abajo para presentar el mundo bajo una perspectiva nueva. Mayo del 68 o todo el conjunto de luchas sociales de los 70, las cuales degeneraron muchas de ellas en el nihilismo de la lucha armada, muestran signos de una apuesta a la totalidad que salió derrotada.

Desde el punto de vista del estado actual del marxismo y del pensamiento emancipador en general, los textos que aquí se editan de Marcuse tienen la ventaja de presentar un momento de cambio: por un lado, el comienzo del declive de la capacidad descriptiva y predictiva del marxismo como ciencia de la historia y como ciencia social; por otro lado, el comienzo, dentro del marco marxista, de un desarrollo de nuevos conceptos, categorías, experiencias y prácticas que empiezan a poner en entredicho el modelo para lanzarlo más allá de él. Toda la tematización del trabajo inmaterial, que luego sería tan importante en el *operaismo* italiano, o la cuestión de la biopolítica como conjunto de dispositivos de gestión de la vida y de la muerte más allá del ámbito del trabajo asalariado, ya están en estos textos de Marcuse.

Por eso, no es exagerado decir que el aparente olvido en el que ha caído Marcuse está más que injustificado teniendo en cuenta todas estas intuiciones que él ya supo vislumbrar. Frente al renacimiento de ciertos otros autores marxistas, cuyas teorías parecen haber envejecido peor, lo cierto es que todas estas intuiciones de Marcuse parecen reflejar ciertas tendencias contemporáneas que empiezan a ser hegemónicas en las prácticas sociales y capitalistas.

Sin embargo, a Marcuse le faltó dar un paso que, tal vez, hoy sea necesario dar. ¿Por qué no empezamos a tomarnos en serio la posibilidad de que el marxismo haya dejado de ser el marco en el que pensar la transformación social? Si ya Marcuse muestra la necesidad de ir dejando conceptos básicos del marxismo para poder entender una contemporaneidad que ya para nosotros resulta un poco vieja, ¿no sería necesario, al menos, hacerse la pregunta por la actualidad del marxismo?

Obviamente, esto no significa renunciar al pensamiento emancipador. Más bien resulta lo contrario. Al poner en circulación nuevos análisis que no terminaban de entrar en el esquema clásico del materialismo histórico, Marcuse entiende que éste tiene que ser expandido, reformulado, revisado. Lejos de suponer esto una forma de domesticación del pensamiento, en los textos de Marcuse se demuestra que esta revisión fue necesaria para poder hacer frente a cambios sociales profundos y radicales.

Frente a cierta corriente ideológica que ha entendido que la Postmodernidad es una época de desaparición del pensamiento emancipador, lo cierto es que es lo contrario: justo en el momento en que empieza a repensarse la teoría marxista a través de estos textos de Marcuse, el pensamiento más ortodoxo entiende que Marx debe ser superado, ya que las condiciones materiales parecen desmentir completamente una victoria de las fuerzas negativas de la historia.

Lo que esta visión parcial de las transformaciones históricas no supo ver es que, en el fondo, no se trataba de que el liberalismo hubiera ganado, tomando como buenas las tesis de Kojève-Fukuyama. Lo que no supo entender este pensamiento ortodoxo es que el modo clásico en el que el marxismo había entendido la lógica del capitalismo tenía que empezar a superarse para poder explicar con sentido y utilidad no sólo las nuevas formas de contradicción social, sino las nuevas situaciones de subversión y de conflictividad social.

En último término, Marcuse parece no tener miedo a dejar atrás el marxismo en sus esquemas ortodoxos para poder hacer de nuevo del pensamiento emancipador una herramienta potente del cambio histórico. Por eso, su capacidad para presentar dialécticamente nuevos conceptos y categorías sin por ello disminuir su capacidad crítica, es el camino que ha seguido el pensamiento radical más lúcido durante gran parte del siglo XX. La crítica al progreso que hizo el movimiento altermundista, el decrecimiento, la explosión cuasi-nihilista de las *banlieus* en Francia en 2005 son todos elementos que, difícilmente, pueden ser entendidos con categorías marxistas.

No se trata ahora de que cualquier elemento extrínseco al marxismo deba ser considerado, de entrada, como perteneciente a nuevas lógicas de conflicto y subversión. De lo que se trata es de poder pensar esos hechos sociales con herramientas que, al menos, permitan interrogar y preguntar. Ya Marcuse entendió que cierto marxismo había visto en la Unión Soviética el punto de llegada de la teoría y la práctica del materialismo histórico. Lejos de eso, Marcuse es de los pocos que

siguió tomándose en serio la cuestión de la revolución. Pero lo hizo sin tener miedo a que, si llegara el caso, se dejara de hablar del cambio social en los términos clásicos de “reforma o revolución”.

Por este motivo, si de algo pueden servir estos textos presentados aquí de Marcuse es, en última instancia, para contribuir a una tarea realmente titánica pero absolutamente necesaria: empezar a dejar de tener miedo a pensar radicalmente, emancipatoriamente, subversivamente, teniendo como horizonte una sociedad más justa e igualitaria sin las categorías del marxismo. Debido precisamente a esa valentía de Marcuse, la cual, por otro lado, no deja de ser paradójicamente marxista, pudo entender y vislumbrar tendencias sociales que desde la óptica burocratizada del socialismo soviético no podían entenderse.

Es obvio que la producción de nuevas categorías emancipatorias no puede pensarse desde la nada más absoluta. Es desde autores como Marcuse que se puede empezar a tomar aquellos elementos más avanzados de la teoría marxista de la segunda mitad del siglo XX para forjar un nuevo pensamiento para una nueva realidad. Dicho de otra manera: Marcuse contribuye, decisivamente, a entender que del ocaso del marxismo pueden nacer, y en parte ya han nacido, nuevas perspectivas con las que hacer frente a los profundos cambios históricos a los que nos enfrentamos.

Cristopher Morales

cmoralbon@gmail.com